

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA

La fabricación del consenso tras el 11-s

Sería un error que, en nombre del antiterrorismo, nuestros mandatarios se encastillaran en el silencio, cuando no en el embeleco. De la inteligencia de la Prensa dependerá que ésta no caiga en esas celadas. Pero también debe sortear las trampas de los terroristas que imponen una censura mortal.

.....
Emilio Andreu

Periodista

Mis víctimas? Déjate de melodramas. Mira un poco ahí abajo» es lo que —cuenta Graham Greene en *El Tercer Hombre*— le espetó, desde la cima de la noria del parque de atracciones, Harry Lime a su amigo Rollo Martins, cuando éste le recriminó por los niños moribundos por culpa de la penicilina adulterada que había vendido en la Viena de postguerra. Prosigue el desalmado Lime: «¿Sentirías una piedad verdadera si una de esas manchitas [las personas vistas desde lo más alto de la noria] dejara de moverse... para siempre? Si te dijera que voy a darte veinte mil libras por cada manchita que se quedase inmóvil, verdaderamente, me dirías que me guardara el dinero... sin titubear? ¿O calcularías cuántas manchitas estarías dispuesto a sacrificar?»

Ese cálculo fue el que hicieron los terroristas de Al Qaeda cuando perpetraron el *program* del 11 de septiembre de 2001. Los réditos buscados no eran pecuniarios sino mediáticos. Retransmitir por televisión, en directo, la excavación de una de las mayores fosas comunes de la Historia. *Tres mil manchitas negras desintegradas... para siempre*, ante los ojos prestados al mundo por los camarógrafos.

75 millones de personas siguieron el 11 de septiembre en Estados Unidos (12 millones en España) la cobertura televisiva más amplia jamás dada a un acontecimiento singular, aunque apenas se proyectaron las imágenes más crudas. Las cadenas generalistas NBC, CBS, ABC y FOX mantuvieron abiertas sus programaciones sin emitir un solo anuncio; haberlo hecho —adujeron— hubiera sido un insulto a la tragedia. Ese día dejaron de ingresar entre 40 y 100 millones de dólares (1.000 o 2.000 millones de pesetas). ¡Hasta 17 horas duró el programa informativo de la cadena ABC! Su presentador más señero, Peter Jennings, recibió más de 10.000 llamadas de protesta y amenazas por haber osado preguntar dónde se había escondido el Presidente Bush ese 11 de septiembre. Los atrabiliarios que descolgaron el teléfono consideraron poco *patriótica* esa observación.

Autocontrol o censura

Los asesinatos masivos del 11 de septiembre de 2001 propiciaron un recorte en la libertad de información, con especial incidencia en Estados Unidos donde, sin duda,

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA

constituye una de sus señas de identidad como nación. La onda de patriotismo provocada por la conmoción social condicionó, y no poco, el papel de los medios de comunicación desde el principio. El antipatriotismo como reproche fue elevado a categoría por el Gobierno Federal y la derecha más conservadora para sofocar cualquier atisbo de independencia por parte de los medios de comunicación.

Ya en sus primeros mensajes tras los atentados, el Presidente Bush anunció que restringiría toda información sobre la represalia estadounidense a los culpables. El secreto como munición para la guerra mediática que se avecinaba. «A nuestro país no le interesa revelar a nuestros adversarios ni cuándo, ni cómo, ni siquiera por qué emprendemos ciertas operaciones», afirmaba taxativamente el Secretario de Defensa, Donald Rumsfeld. Ítem más. Un portavoz oficial del Ejército norteamericano reconoció a la prensa que «ésta será una guerra de información; seguro que ellos van a mentir y que nosotros vamos a mentir».

La fabricación de consenso

Conforme a la teoría que Walter Lippman acuñó en los años treinta del pasado siglo, la **fabricación del consenso** ha polarizado, en estos nueve meses, los esfuerzos en el teatro de operaciones mediático tanto de Estados Unidos y de la coalición internacional contra el terrorismo como de Ben Laden para hacerse con la opinión pública mundial.

El Premier británico, Tony Blair, fue el primero en alertar en octubre del año pasado sobre la posición *a rebufo* en que se encontraban los aliados respecto a Ben Laden en el pugilato propagandístico. La Casa Blanca puso en marcha los denominados *Centros de Información de la Coalición*, con sede en Londres y en Islamabad. Su misión no era otra que *vender las bondades* de la intervención militar y contrarrestar al instante las declaraciones del único líder talibán en contacto con la prensa, su embajador en Pakistán. Para demostrar que la legitimidad de unos y de otros era asimétrica, la diplomacia de la coalición sustituyó el vocablo *guerra* por el de *crisis* en Afganistán.

Osama Ben Laden, responsable intelectual de los atentados en Nueva York y Washington, se había revelado como un avezado *titiritero* en el manejo de los hilos *mediáticos*. En la batalla que libraba contra Estados Unidos por dominar *telépolis* —el mundo virtual sobre el que versan las últimas disquisiciones del filósofo Javier Echeverría—, Ben Laden se había servido de la cadena de noticias Al-Jazira para hacer públicas sus proclamas. Esa televisión del emirato de Qatar retransmitió un discurso del multimillonario saudí el 7 de octubre, coincidiendo con el inicio de los bombardeos sobre Afganistán, en el que jus-

tificaba la masacre: «Lo que América siente hoy es sólo una pequeña muestra de lo que nosotros [el pueblo islámico] hemos sentido durante 80 años de humillación».

Al Gobierno de Estados Unidos no le gustó nada esa cobertura, que, por cierto, la CNN reemitió sin cesar a lo largo de aquella jornada. Washington sospechaba que el multimillonario saudí pudiera estar enviando órdenes codificadas a sus células para que cometieran nuevos atentados terroristas. Por eso, al día siguiente, el 8 de octubre, la Consejera presidencial de Seguridad, Condoleezza Rice, telefoneó a los propietarios de las seis grandes cadenas de televisión estadounidenses para que no difundieran en su integridad los vídeos de Ben Laden, precedentes de Al-Jazira. Esta invitación a la autocensura —autocontrol lo definió el Gobierno Federal— cuajó. Las imágenes y los mensajes del *enemigo público número uno* dejaron de aparecer casi por completo en los telediarios norteamericanos. Las cadenas europeas rechazaron ese acuerdo para censurar a Ben Laden, ya que se oponían a dar sólo una versión. «Las noticias del enemigo» —adujeron— «también eran noticias».

Especialmente crítico con esta medida se mostró el columnista de *The New York Times* Frank Rich cuando, sin tapujos, afirmó que «ahora sabemos que si el Gobierno no puede capturar a Ben Laden, vivo o muerto, todavía puede aplicarle la pena capital al estilo americano: Sacarlo de la televisión». Más ponderado, el redactor de *The Washington Post* Howard Kurtz concedía al Gobierno Federal un cierto margen de maniobra para el embuste, ya que, en su opinión, tras escuchar a Ben Laden, los periodistas no podían tratar el terrorismo como si fuera una simple «diferencia de opiniones». La mayoría de los medios occidentales ha englobado bajo el epígrafe de *guerra contra el terrorismo* todas las informaciones sobre la crisis geopolítica derivada de los asesinatos masivos del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos.

Los directivos de Al-Jazira se decantaron por la equidistancia. Nunca utilizaron la expresión terrorismo islámico. Al respecto, se referían como «aquello a lo que América llama terrorismo». Asimismo los informativos de esta televisión de Qatar nunca presentaron a Ben Laden como terrorista sino como el «jefe del movimiento Al Qaeda». Para demostrar que no era la *oficina de prensa* de Ben Laden, como muchos habían llegado a sospechar, en su descargo, valga señalar que Al-Jazira, que, en esta guerra, ha arrebatado la batuta a la CNN, cobraba a la competencia 20.000 dólares (3,6 millones de pesetas) por cada minuto de vídeo del asilvestrado multimillonario saudí. Aunque no causara víctimas mortales, en modo alguno se puede justificar que Estados Unidos destruyera unas instalaciones de Al-Jazira, por considerarla una televisión non grata.

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA

Posiciones mediáticas

La vertiginosa inmediatez con la que se sucedieron los hechos, combinada con la avidez de noticias que demandaba la ciudadanía, hizo que los medios de comunicación adolecieran de falta de rigor en muchas de sus informaciones durante las semanas que siguieron al 11-s.

La prensa occidental, a un lado y otro del Atlántico, trató, en distinto grado, de neutralizar, desde el primer momento, el efecto propagandístico con que los terroristas habían marcado los atentados en Nueva York y Washington. Si los conjurados islámicos habían hecho pasar por las *horcas caudinas* al Gobierno norteamericano, los periódicos del mundo entero mostraron su solidaridad por las víctimas de la masacre. «Bush sabe que está muy acompañado: de todos los que desde cualquier confesión religiosa o laica, creen en la tolerancia y la libertad», proclamaba *El País* en su editorial «Legítima defensa», el 7 de octubre. «La defensa» —concluía— «de estos valores hacía necesaria una respuesta. Frente al terrorismo no caben neutralidades». No se puede soslayar que Estados Unidos ha sido respaldado por la ONU en su resolución 1373, que obliga a todos los miembros de la Organización de las Naciones Unidas a combatir sin cuartel al terrorismo, en todos los niveles, político, económico y diplomático. Esa declaración de principios no fue óbice para que *El País* hubiese ya presentado a Osama Ben Laden como líder integrista islámico en una entrevista exhumada de sus archivos el 16 de septiembre, y que originalmente había sido publicada por el diario londinense *The Independent* en julio de 1996.

Los editoriales del día 12 de septiembre, en su mayoría, analizaban ya las consecuencias de los atentados y la posible reacción del Presidente Bush. Pocos cuestionaban el derecho de Estados Unidos a devolver el guante a ese enemigo, entonces, indefinido. Los diarios más conservadores clamaban por endurecer la mano contra los países convictos y confesos de amparar el terrorismo internacional, mientras los más liberales abogaban por una respuesta aquilatada. Entre estos últimos, *The Washington Post* no descartaba que los Estados Unidos actuaran solos si fuera necesario, si bien proponía el ensamblaje de una alianza internacional para eliminar todas las redes terroristas. Por su parte, *The New York Times* exhortaba a su gobierno a que «hiciera saber a los aliados de corazón blando que no podían permanecer al margen del conflicto global». *El País* definió los ataques terroristas como «un golpe a nuestra civilización, aunque era preciso desterrar la idea de que estábamos ante una prueba brutal del choque de civilizaciones que pronosticaba Samuel P. Huntington». Desde Londres, *The Guardian* pedía a los Estados Unidos que mantuviera la calma y el control para evitar una reacción militar desmesurada con consecuencias globales.

Aunque también condenaron los atentados, los medios informativos árabes no ocultaron sus críticas a la política pro-israelí de los Estados Unidos. En opinión de muchos de ellos, el origen del ataque hundía sus raíces en el papel que jugaban los Estados Unidos en Oriente Próximo. *Al Sharq al Awsat*, saudí, pero editado en Londres, achacaba los ataques a la política de agresión israelí contra los palestinos. *L'Opinion*, nacionalista marroquí, consideraba que los norteamericanos habían hecho oídos sordos y eran sus ciudadanos inocentes los que pagaban las consecuencias. *Teheran Times* afirmaba que «Estados Unidos había pagado el precio por su ciego apoyo al régimen sionista». Sobre este punto, cabe destacar que el *Frankfurter Allgemeine* creía equivocado considerar la política norteamericana en Oriente Próximo como causa de los ataques terroristas. Los orígenes, a su juicio, eran más profundos, y sólo estaban relacionados de manera circunstancial con Israel. En cualquier caso, en su editorial del día 12 de septiembre, *El País* admitía que el conflicto árabe-israelí tenía un efecto contaminante global.

La prensa en busca del escorzo

El Gobierno estadounidense erró en sus cálculos sobre la independencia de la prensa al creer que el pésame de los primeros momentos equivalía a un salvoconducto para su política antiterrorista. Esa inicial solidaridad con las víctimas del 11 de septiembre no ha impedido que los grandes medios que *marcan la agenda* hayan revelado algunos secretos que la Casa Blanca había hurtado a la opinión pública.

El principal escándalo político que está arrinconando a Bush contra las cuerdas de la opinión pública lo reveló la CBS el 15 de mayo de 2002. La cadena televisiva puso al descubierto que el Presidente norteamericano había sido informado por la CIA un mes antes del 11-s de que Al Qaeda planeaba secuestrar aviones comerciales. Este dato tan delicado pone en evidencia tensiones en el interior del Gobierno Federal, ya que la CBS sólo pudo acceder al mismo por una filtración o bien de alguna de las agencias secretas englobadas en la Comunidad de Inteligencia o bien desde el interior de la Casa Blanca.

Los *hombres y mujeres del Presidente*, al no poder negar la evidencia, comenzaron a achicar agua. Dos días después, el viernes 17, el portavoz presidencial, Ari Fleischer, reconoció que el 6 de agosto de 2001 se entregó a George W. Bush un informe bajo el título *Ben Laden, decidido a atacar Estados Unidos*. Pero a este encabezamiento le faltaba un pequeño detalle, la preposición en, según informó al día siguiente, Bob Woodward, el perio-

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA

dista del caso Watergate, en *The Washington Post*. Sin embargo, será uno de esos documentos *for your eyes only* [marchamo utilizado por los servicios secretos británicos para los documentos con la información sensible que se entregan a la Corona] que no saldrá de La Casa Blanca. El Ejecutivo Federal se niega a facilitar al Congreso estadounidense ese informe que aventuraba los secuestros aéreos para evitar filtraciones a la prensa. El vicepresidente Dick Cheney cree que «entre sus autores existiría mayor preocupación por asegurarse de que los documentos quedaran bien en la portada del *Washington Post* que por proporcionar al Gobierno la información que precisa». Este racionamiento informativo ya no extraña. El Gobierno Bush ha encapsulado todo lo relativo a la crisis de seguridad internacional. Sólo ocho políticos del Parlamento norteamericano han tenido acceso a los detalles secretos de la campaña militar.

Pero no sólo los secretos bélicos, la censura también ha alcanzado otros campos del conocimiento. El Gobierno de Estados Unidos ha limitado la divulgación científica para evitar que pueda ser utilizada por los terroristas. Esta decisión ha sido criticada sin paliativos por la Sociedad Americana de Microbiología. Su presidenta, Abigail Salyers, ha asegurado, al respecto, que «el terrorismo se alimenta del miedo y éste se nutre de la ignorancia».

¿Qué sabía Bush?

The Washington Post revelaba en esa misma edición de 17 de mayo que el máximo responsable antiterrorista en la Casa Blanca, Richard Clarke, había advertido dos meses antes de los atentados de que «algo realmente espectacular va a ocurrir aquí y va a ocurrir pronto». Fue una frase pronunciada el 5 de julio de 2001 en el transcurso de una reunión con el FBI, la Agencia Federal de Aviación y el Servicio Nacional de Inmigración.

Como la banal protagonista de *Lo que el viento se llevó*, Bush debió decir «ya lo pensaré mañana» y, según relatan los cronistas del lugar, se tomó las vacaciones presidenciales más largas de la historia norteamericana. El 10 de septiembre sobre la mesa del despacho oval descansaba un plan militar, guerra contra Afganistán incluida, para destruir Al Qaeda, que los estrategas de Seguridad Nacional habían diseñado por encargo suyo en marzo del año pasado.

Newsweek publicó el 3 de junio de este año que la CIA estaba al corriente desde enero del año 2000 de la presencia en suelo norteamericano de dos de los terroristas que estrellaron el avión comercial contra el Pentágono. Una información que la CIA no comunicó al FBI ni al Servicio de Inmigración ni al Departamento de Estado.

Oficina de intoxicación

Más quebraderos de cabeza para la administración Bush. *The New York Times* desveló el 19 de febrero de 2002 los planes ultrasecretos del Pentágono para crear una agencia dedicada a *intoxicar* a la prensa mundial o «a utilizar ocasionalmente el engaño táctico contra el enemigo» como la justificó el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld. Esa nonata Oficina de Influencia Estratégica se hubiera encargado de la estrategia para la desinformación. Para *colocar* en los medios internacionales esas noticias, ciertas o no, proclives a los intereses estadounidenses, el Departamento de Defensa norteamericano había contratado por 100.000 dólares (19.000.000 de pesetas) al mes los servicios de asesoramiento de la agencia de relaciones públicas Rendon Group. Muy bien debía ir encaminado el proyecto... Porque el propio George W. Bush se enteró del mismo por la prensa, mientras giraba una visita oficial a China. El Comandante en Jefe del Ejército norteamericano desautorizó la OIE, según su portavoz «porque [el Presidente] se hubiera sentido muy inquieto si existiera una oficina cuya misión no consistiera en diseminar la verdad y los hechos».

Estas proclamas sonaron a excusa de mal pagador. Una deuda de credibilidad que ha ido aumentando en los nueve meses transcurridos desde los atentados. Al igual que la prensa, el Partido Demócrata, en la oposición, ha dado por concluido el período de gracia, de solidaridad comprensiva con las decisiones del Gobierno Federal. Su jefe en el Congreso, Dick Gephardt, ha desenterrado la pregunta con la que se martilleó a Nixon durante el Watergate: «¿Qué sabía el Presidente? y ¿Cuándo lo supo?»

Si la contestación interna desde el establishment político y mediático, como hemos tratado de demostrar, ha crecido desde el 11-s, los recelos internacionales no le han ido a la zaga. Los primeros síntomas se detectaron en febrero. El anuncio de Bush de poner bajo el microscopio a los países del así llamado *eje del mal* causó preocupación en Rusia y los socios europeos de la *gran coalición internacional contra el terrorismo*. Coinciden en la crítica a lo que consideran unilateralismo agresivo en la nueva política norteamericana de relaciones internacionales. «El imperio se rearma», ha sido, desde entonces, una más de las rúbricas que la Prensa ha utilizado sin empacho para informar de la evolución de los acontecimientos relativos al 11-s.

Internet

Los sectores más renuentes a la verdad oficial han encontrado en Internet el acomodo para sus demandas de información sobre este conflicto difuso que atraviesa el

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA

planeta. Miles de bromas tabernarias sobre las Torres Gemelas y las víctimas han fluido insensibles por la red. Un terreno demasiado fácil de abonar con trápalas y medias verdades. Una de estas fue la relativa a que las televisiones de todo el mundo habían emitido imágenes de niños palestinos alegrándose de los atentados, cuando, según ese rumor, correspondían a la guerra del Golfo. Pues bien, esos vídeos distribuidos por Reuters y APTN, dos agencias internacionales de prestigio, no habían engañado. La prueba del nueve la encontramos en un momento determinado de las imágenes, donde aparece el logotipo actual de Pepsi-Cola, que no era el de hace una década. Además, todos los diarios del mundo publicaron fotografías sobre esas manifestaciones de júbilo en los campos de refugiados el 11-s. Como también se recogieron las imágenes de la *campana de relaciones públicas* de Arafat donando sangre para la víctimas de los monstruosos atentados.

La «triplevedable» ha sido estos meses refugio de teorías conspirativas de todo pelaje. La más llamativa la ha protagonizado el presidente de la red Voltaire, Thierry Meyssan, con su libro *La tremenda impostura*, publicado en Francia a finales de marzo, donde niega que el avión comercial secuestrado sobre Washington cayera sobre el Pentágono, cuyos destrozos en esa luctuosa jornada los achaca a una explosión provocada desde el interior. Para sostener esta tesis ese grupo internauta ha hecho circular por la red una suerte de juego de los siete errores que se buscan en fotografías oficiales con preguntas de este tenor: «Explique por qué un Boeing 757-200, de un peso aproximado de 100 toneladas y estrellándose a una velocidad de 400 km/h no dañó la fachada del Pentágono».

Este tipo de mensajes refractarios a lo políticamente correcto, dada su naturaleza fungible, acaba siendo reo de su propia sospecha, más próxima a unas proyecciones en el test de Rorschach que a una certeza bien fundamentada. Conocedores de que Internet no es un medio de comunicación de masas, se convierten en gametos a la búsqueda de un óvulo que fecundar. Si una gran agencia o diario de información difunde su contenido: ¡Eureka! Habrá logrado emerger desde la capa freática del mundo virtual al negro sobre blanco, único terreno de juego practicable, hoy por hoy, para la opinión pública.

En cualquier caso, dependerá de la ética del *hacker*, en expresión de Pekka Himanen, que esa información libre y descentralizada no sea un hilván de las estrategias de desinformación que practican los Estados y también, por supuesto, las tramas terroristas. En este último caso, suelen contar, y en España así lo ha demostrado la Justicia, con medios de comunicación para transmitir órdenes cifradas. En el caso de los vídeos de Ben Laden, sería oportuno

que las autoridades norteamericanas probaran de manera inapelable que fueron montajes, como afirman, o que, de verdad, emboscaban encomiendas para la comisión de nuevos atentados.

Otra información que Estados Unidos debería esclarecer en aras de la verdad que la ciudadanía mundial se merece: en su edición del pasado marzo, *The Spectator* relataba que, durante la visita de Henry Kissinger en enero de 2002 al cuartel general del SAS, el ex Secretario de Estado republicano observó un absoluto mutismo ante las preguntas de oficiales de ese cuerpo de operaciones especiales del ejército británico que querían saber por qué la Casa Blanca «no les había permitido detener a Ben Laden en Tora Bora cuando esas tropas de élite inglesas lo tenían perfectamente localizado, y por qué los norteamericanos tampoco lo hicieron después».

Sería un error que, en nombre del antiterrorismo, nuestros mandatarios se encastillaran en el silencio, cuando no en el embeleco. De la inteligencia de la Prensa dependerá que ésta no caiga en esas celadas, como ya le ocurrió con los bombardeos sobre Libia en 1986. Pero también deben sortear las trampas de los terroristas que imponen una censura mortal. No dudaron en asesinar, tras secuestrarlo en Pakistán, al periodista de *The Wall Street Journal*, Daniel Pearl, ni en segar a quemarropa la vida de varios reporteros en una de las carreteras de Afganistán.

La naturaleza de las cosas se conoce por su forma de actuar, nos legó Aristóteles. Desempeñar el vaho de la duda en el espejo de la opinión pública es una obligación cada día más inexcusable de los Gobiernos occidentales, que no pueden ignorar que la reválida en Democracia es una evaluación continua. Las excursiones al corazón de las tinieblas devienen, siempre, neurosis, locura y emponzoñamiento de los más nobles ideales.

Sugerencias de lectura

- Delillo, Don, *En las ruinas del futuro*, Ed. Circe, Barcelona, 2002.
- Sancton, Thomas, «Cuando el patriotismo se impone a la información», Suplemento Domingo, *El País*, 9-12-2001, pág. 4.
- Townsend, Rosa, «La ola de patriotismo en Estados Unidos pone a prueba la independencia de la prensa», *El País*, 14-10-2001, pág.16.
- Beck, Ulrich, «El mundo después del 11-S», *El País*, 19-10-2001, pág. 25.
- VV. AA., «La Globalización y el 11 de septiembre», *New Left Review*, enero-febrero, Ed. Akal, Madrid, 2002.
- Chomsky, Noam, «La nueva guerra contra el terror», *Le Monde Diplomatique*, edición española, noviembre 2001, págs. 1-6.
- Vidal Beneyto, José, «Incógnitas del 11 de septiembre», *El País*, 6-4-2002, pág 6.
- Hudson, Rex A., *The sociology and psychology of terrorism: Who becomes a terrorist and why?*, Library of Congress, Washington, 1999.